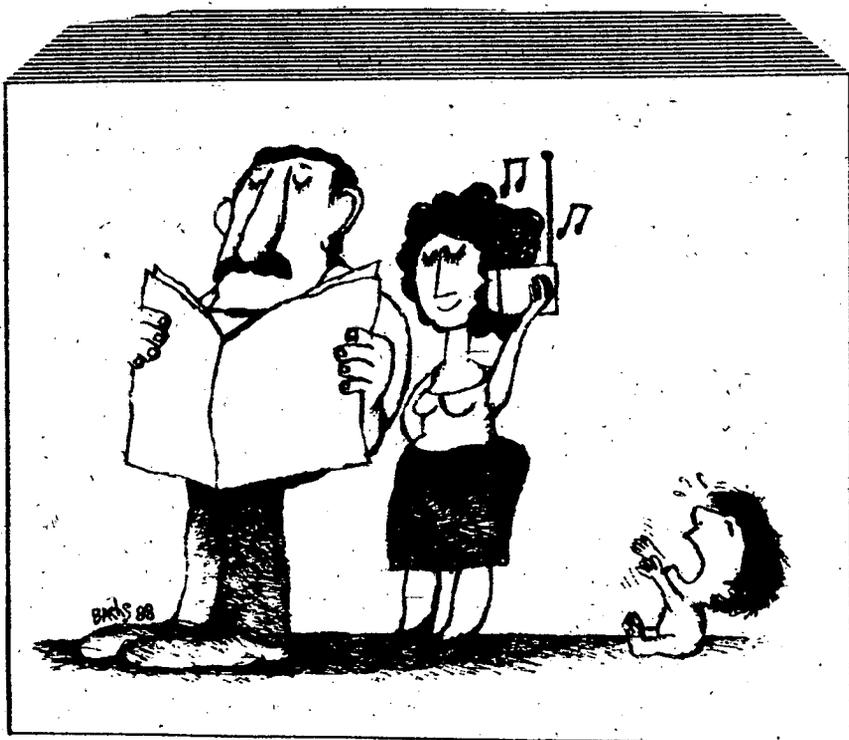


COMUNICACION AUDIOVISUAL Y DESARROLLO LATINOAMERICANO

José Márques de Melo



1. EL DESARROLLO DE LAS COMUNICACIONES EN AMERICA LATINA

La Década de los 60 significó para América Latina el momento histórico en que las expectativas de superación del atraso, de la miseria y del subdesarrollo alcanzaron sus niveles más elevados. Tanto la acción de los organismos internacionales como la ONU, la UNESCO y la FAO, cuanto los programas de cooperación norteamericana encabezados por la USAID, crearon expectativas de que era viable conseguir estados de crecimiento económico y el consiguiente mejoramiento en las condiciones de vida de las poblaciones del continente.

Especial papel en ese programa corresponde a la CEPAL —Comisión Económica para América Latina— órgano de las Naciones Unidas, con sede en Santiago de Chile, que realizó un conjunto de estudios y proyectos destinados a sensibilizar los gobiernos latinoamericanos para adoptar medidas concretas en el campo de la planificación económica. Como señala FURTADO (1985), la CEPAL en poco tiempo "se transformaba en símbolo del esfuerzo de la unión de América Latina en su lucha por escapar de las tenazas del subdesarrollo". Efectivamente, su presencia se hace constante difundiendo la mística del desarrollo y contribuyendo en los esfuerzos nacionales o regionales comprometidos con la adopción de programas de planificación de inversiones, entrenamiento de recursos humanos y modernización de estructuras administrativas.

En el campo específico de la comunicación, la UNESCO fomentó iniciativas articuladoras y movilizadoras con la finalidad de estimular el crecimiento de las redes nacionales de difusión masiva, renovar o formar equipos profesionales, investigar los fenómenos culturales implícitos en la actuación de los "mass media". En la reunión de especialistas sobre el desarrollo de los medios de información en América Latina, realizada en Santiago de Chile en febrero de 1961, trascendía la convicción de que el arranque desarrollista tendría un punto de sustentación importante en los sistemas de comunicación de masas.

La imagen que se creó del fenómeno del desarrollo y que se difundió masivamente, en los diferentes países, es la de que los caminos sociales se producirían con una cierta rapidez, apoyados por la "ayuda externa" y la "asistencia técnica". Las poblaciones urbanas que fácilmente se empatizan con los patrones de vida de las naciones económicamente avanzadas por la vía del cine y de la televisión, comienzan a desear situaciones de confort y bienestar distintas de aquellas que existen en la región y a presionar los gobiernos nacionales para su satisfacción.

Arrullados en el sonsonete de que la expansión de las redes de comunicación de masas podrían acelerar el desarrollo, los Estados latinoamericanos crearon mecanismos para facilitar la importación de tecnología moderna que los colocara en la etapa de la "aldea global": "off-sets", telecomunicaciones, transistores, TV a color etc.

Al inicio de la década de los 60 América Latina ya se encontraba en una situación relativamente favorable en cuanto a la disponibilidad de canales de comunicación (con 7,8 ejemplares de periódicos diarios, 9,8 receptores de radio, 3,5 cupos en los cines y 1,5 televisores por cada 100 habitantes —UNESCO, 1961). Al final de esta década nuestro continente ya no figuraba como área subdesarrollada de acuerdo con los parámetros fijados por la UNESCO para medir ese campo del crecimiento nacional/regional. Poseíamos entonces, 10,8 ejemplares de periódicos diarios, 16,7 receptores de radio, 2,9 cupos en los cines y 5,4 televisores (FREY, 1973). Y en la década de los 70 continuaríamos creciendo.

Esto llevaba a la inmediata comparación con nuestro estado de desarrollo socio-económico que había experimentado, en muchos países, si-

tuaciones de regresión cuando no de estancamiento. FURTADO (1973) presentaba el siguiente diagnóstico: "en el cuadro altamente dinámico de la economía mundial, en las últimas dos décadas, América Latina surge como un caso especial de relativo estancamiento. Exceptuando los casos especiales, las economías de la región fueron seriamente afectadas aún cuando en grados diversos por el descenso relativo del comercio internacional de productos primarios. En razón de la insuficiencia estructural de la capacidad importadora criada por esa tendencia básica, las economías procuraron diversificar sus estructuras productivas instalando industrias substitutivas de las importaciones. Así, la fase de expansión externa de las grandes empresas norteamericanas coincide, en América Latina, con la creación de amplias facilidades, con vistas a la interiorización de actividades productivas, particularmente en el capo manufacturero. La industrialización latinoamericana atendió a asumir, en consecuencia, la forma de internalización de las actividades productivas ligadas al comercio interno, lo que vendría a marcar el desarrollo de la región en su fase actual".

Se concluye inmediatamente que la expansión de los medios de comunicación en América Latina no afectó de modo directo la transformación de las estructuras sociales y económicas en el sentido de crear el clima de productividad responsable por la generación de iniciativas capaces de asegurar mejores condiciones de vida a su población. Al contrario, el crecimiento y modernización de nuestro sistema de comunicación ocurrieron paralelamente a un proceso de empobrecimiento de las masas urbanas en la gran mayoría de los países latinoamericanos, como resultado del modelo de desarrollo dependiente que aquí se instauró. Por otro lado, PREBISCH ya había alertado en la reunión de Santiago de Chile sobre el papel relativo de la información de masas en el contexto desarrollista, sugiriendo que la utilización de las "técnicas modernas de difusión de ideas y de informaciones" era solamente una variable de un proceso más amplio: "la asimilación y adaptación de la técnica contemporánea a las condiciones de América Latina".

No fue exactamente ésta la orientación asumida por los vehículos informativos en el continente. La investigación pionera sobre el contenido de los periódicos de prestigio de los principales países de la región, realizada por el CIESPAL (1967) ya apuntaba había una tendencia anti-desarrollista más a tono con el refuerzo de las situaciones de evasión o escapismo de las grandes masas y poco comprometida con los esfuerzos de promoción del crecimiento económico. Ese patrón persistiría y se ampliaría para los canales electrónicos y audiovisuales que, combinando imagen y movimiento, fascinan y seducen a sus audiencias, diceminando comportamientos frívolos y triviales, precisamente lo opuesto de aquella movilización popular para sostener y hacer avanzar las iniciativas de los equipos gubernamentales dirigidos al desarrollo económico.

De ahí que BELTRAN (1971) denunció enfáticamente esa postura contraria al desarrollo. "Los medios de comunicación de masa en América Latina son, en su mayoría indiferentes o contrarios a los fines del desarrollo nacional en mucho mayor grado de lo que pudiera favorecerlo".

Consecuentemente, se frustró toda una esperanza alimentada por comunicadores y planificadores que confiaban en las posibilidades de multiplicar las expectativas de participación popular en los destinos nacionales y en la conducción de los gobernantes al tomar decisiones consecuentes con las metas de acumulación de capital y redistribución de renta en conformidad con las directrices emanadas de la CEPAL.

Esta situación se explica, por una parte, por la coyuntura política dominante en la mayoría de los países, donde los intereses de las élites dirigentes se orientan más hacia la realización de cambios en la fachada de la edificación social, consustanciando aquello que RIBEIRO (1978) denomina "modernización refleja".

El proceso de industrialización no ocurre de manea autónoma y se da en asociación con empresas multinacionales que pasan a producir aquí los bienes de consumo antes importados. Por otro lado, se debe a la circunstancia de que los medios de comunicación ya existentes y aquellos que van surgiendo después constituyen propiedad de esta misma élite económica. Luego, su manejo informativo no obedece aquellas directrices idealizados por los planificadores estatales o vinculados a las agencias internacionales de desarrollo, sino que se orienta hacia el estímulo del consumo de los bienes fabricados por sus industrias y a brindar sustentación política a los gobiernos que garantizan sus beneficios clasistas.

FURTADO (1973) llega a la triste constatación de que: "la experiencia de las últimas dos décadas en América Latina sirvió para demostrar de forma cabal que el desarrollo es menos un problema de inversiones que de creación de un sistema económico articulado y capacitado para auto-dirigirse". Así, apunta hacia la cuestión de la soberanía nacional y destaca el poder ejercido por los EE.UU. en el fortalecimiento de las estructuras sociales latinoamericanas, lo que significaría, sin duda, la reducción de sus privilegios. "La hegemonía que ejercen los EE.UU. en América Latina, al reforzar sobremanera las estructuras anacrónicas de poder, constituye un serio obstáculo al desarrollo de la mayoría de los países de la región. La estrategia de ayuda del gobierno de los EE.UU. mediante la creación de privilegios para las grandes empresas y el control de la 'subversión' contribuye a preservar las más retrógradas formas de organización social y tiende a reemplazar los estados nacionales como centros de decisión y como instrumento de movilización de las colectividades para las tareas de desarrollo".

Conviene a estas alturas, reflexionar sobre la esencia de las tesis de los científicos norteamericanos LERNER Y SCHRAMM, que sirvieron de base para todo el esfuerzo de la UNESCO para justificar el desarrollo de las comunicaciones como promotor del clima para el desarrollo socio-económico. El modelo concebido por los investigadores norteamericanos consistía en reproducir en los países del Tercer Mundo la dinámica modernizadora ocurrida históricamente en Europa Central y más recientemente en los EE.UU., Japón, Australia etc.

La estrategia propuesta se iniciaba con el despegue industrial y se

completaba con la movilización participativa de los ciudadanos nacionales interviniendo en la decisión democrática referente al rumbo que tomaría el desarrollo.

Varios factores demostraron, con el correr del tiempo, que ese trasplante temporal y espacial del modelo de desarrollo occidental (básicamente europeo/norteamericano), no es viable en América Latina.

En las economías concentradoras de renta vigentes en América Latina se constata que los sistemas de comunicación de masa difunden patrones de comodidad y bienestar que o son accesibles a la mayoría de la población sino tan sólo a su segmento privilegiado. Y naturalmente los programadores de los contenidos divulgados estratégicamente disimulan su alcance, estimulando la evasión o provocando la catarsis. Sin embargo, eso no ha bastado para bloquear el deseo de las grandes masas poblacionales de beneficiarse de las condiciones de vida que aprendieron a ver y a conocer en la televisión en el cine o en las revistas ilustradas.

Desde entonces se tornaba evidente el agotamiento del modelo desarrollista patrocinado por las agencias internacionales. Tanto es así que FURTADO (1974) la calificaría de "mito" históricamente irrealizable.

Creció, pues, en los niveles de liderazgo progresista de las sociedades latinoamericanas la conciencia de que los cambios ocurridos en la región condujeron a un modelo de "desarrollo dependiente", marcado por la modernización de los estilos de vida de las minorías privilegiadas (beneficiarias de la renta concentrada) y por la formación/elasticidad de los cinturones de miseria de las grandes ciudades donde se localizaron los contingentes migratorios procedentes del campo (muchas veces expulsados por la mecanización de la agricultura).

Se confirmaba por tanto la advertencia hecha por RAUL PREBISCH (1961) argumentando que la presencia de los medios de difusión de ideas podría agudizar la exposición de las poblaciones latinoamericanas o patrones de bienestar que las sociedades nacionales no estaban en condiciones de propiciar colectivamente. De ahí su llamado para comprometer las nuevas estructuras de comunicación con los programas y proyectos destinados a movilizar los esfuerzos nacionales en la lucha contra el subdesarrollo. Ni los "mass media", a no ser de forma residual, asumieron esa postura, ni los gobiernos nacionales la continuaron, en la mayoría de los países, con la adopción de las medidas recomendados por los equipos de la CEPAL para lograr salidas independientes en la conducción de las respectivas economías. El resultado fue el surgimiento de soluciones políticas autoritarias para enfrentar los conflictos sociales y la subordinación de la planificación económica nacional en casi toda la región de un modelo de desarrollo dependiente, cuyo síntoma más importante fue el creciente endeudamiento externo.

2. INDUSTRIA CULTURAL Y OPINION PUBLICA: LA COOPERACION LATINOAMERICANA

La toma de conciencia sobre la gravedad de la coyuntura económica latinoamericana ha despertado la acción de sus mejores liderazgos nacionales y está comenzando a producir efectos en el plano político. El conocimiento que la crisis del "crecimiento sin desarrollo" sólo puede ser enfrentada, de forma colectiva, por los Estados latinoamericanos, se evidencia en el establecimiento del SELA —Sistema Económico Latinoamericano. Los gobiernos de los principales países de la región comprenden las contradicciones existentes en el panorama y buscan soluciones negociadas.

El camino de la integración regional y de la creación de vínculos de solidaridad entre los diferentes países enseña una estrategia viable para subsanar los efectos del "desarrollo dependiente" y buscar mecanismo de aceleración de las transformaciones indispensables hacia otro tipo de desarrollo, que potencialice las riquezas regionales y las convierta en factores de satisfacción de las necesidades básicas de su poblaciones.

Dos compromisos asumidos por el SELA merecen ser señalados en el contexto de la identificación del papel a ser cumplido por las comunicaciones en el proceso de integración regional:

a) Fomentar la cooperación latinoamericana para la creación, desarrollo, adaptación e intercambio de tecnología e información científica; así como el mejor aprovechamiento de los recursos humanos de educación, ciencia y cultura.

b) Promover el desarrollo y la coordinación del transporte y de las comunicaciones, especialmente en el ámbito intraregional.

Estos compromisos aportan hacia los desafíos prioritarios del momento histórico. La perspectiva del agotamiento de los recursos naturales no renovables y el vertiginoso crecimiento de la deuda externa de los países del Tercer Mundo constituyen variables de una coyuntura política singular para América Latina y el Caribe. Buena parte de esa deuda externa recae sobre los países de la región y precisamente en esos países se ubican las fuentes de varios recursos naturales de los cuales hoy dependen los países centrales. Esta



circunstancia ha sido destacada por los analistas de la política internacional como una alternativa con posibilidad de ser utilizada por los países latinoamericanos en la negociación conjunta con las potencias industrializadas, especialmente los EE.UU.

Así, la cooperación latinoamericana tiene hoy la nítida proyección de un pacto entre países deudores (respaldados económicamente por las riquezas naturales codiciadas por la metrópolis), cuyo "diálogo" con sus acreedores internacionales no puede realizarse en el lenguaje bancario convencional sino que debe utilizar el simbolismo político del intercambio diplomático.

Las iniciativas, ya manifestadas en los entendimientos entre jefes de Estado y en las conversaciones mantenidas por los representantes gubernamentales en los distintos foros internacionales y continentales, fueron correspondidas por la cobertura de los medios de comunicación de masas de la región de manera de armonizarla con la opinión pública de cada país.

Pero, la participación de los "mass media" en esa campaña histórica no llegó a tener una articulación consecuente y consistente, convirtiendo las tímidas reacciones de los signatarios estatales en meros episodios de la cotidiana aventura periodística.

Otra variable importante fue la acción de las agencias transnacionales de noticias y de las redes públicas de información audio-visual Norte-Sur, que se encargan de dar a nuestras poblaciones versiones e interpretaciones de los hechos astutamente orientadas a debilitar la acción de nuestros gobiernos y a "enfriar" el entusiasmo patriótico que pudiera eventualmente canalizar las movilizaciones populares.

Les falta nuestros liderazgos nacionales la convicción de que la causa de la integración latinoamericana y el enfrentamiento político de las naciones hegemónicas deben ser conducidos con el apoyo popular y la participación de la sociedad civil. Algunos dignatarios optan por la vía diplomática convencional y buscan canales discretos que amorticen el impacto de las posibles reivindicaciones. Esta es una visión equivocada, pues las evidencias históricas recientes demuestran que las potencias económicas no dudan en recurrir a las armas de persuasión de masas para desmoralizar los liderazgos consecuentes del tercer Mundo y desestabilizar los gobiernos que amenazan su primacía imperialista.

En ese sentido, la integración latinoamericana sólo será posible en la medida que sea respaldada intensamente por la opinión pública de cada país. Se trata no sólo de convocar a los ciudadanos latinoamericanos para cerrar filas alrededor de sus líderes gubernamentales, sino de convencerlos democráticamente de que esa causa es justa.

El papel a ser desempeñado por los sistemas nacionales de comunicación en ese proceso fundamental para construir la unidad de la acción política en América Latina y el Caribe es decisivo. No hay lugar para la vacilación sobre los pasos a seguir. Es urgente diligenciar la optimización y coordinación de las potencialidades existentes en la región y organizarlas para tal fin.

El vigor comunicacional de América Latina, concentrado en algunas

áreas, necesita ser agilizado. La región dispone hoy d complejos culturales que ofrecen a las respectivas poblaciones nacionales, mensajes e informaciones producidos de acuerdo con los valores de nuestra cultura y de nuestras tradiciones. Esos productos comienzan a circular residualmente en algunos países, ocupando lugar privilegiado en la preferencia de los consumidores, como es el caso de las telenovelas brasileñas, del cine cubano, de los discos venezolanos, de los libros argentinos y de las fotonovelas mexicanas. Pero esos productores encuentran resistencia para su expansión en la estructura monolítica controlada por las transnacionales europeas y norteamericanas. De las misma manera, hay disponibles artefactos tecnológicos en el campo de la informática y de la disseminación de datos que pueden satisfacer las necesidades inmediatas de consumo de la región.

La producción cultural, tecnológica y científica deberá convertirse en una prioridad dentro de la región. Para ello los estados nacionales necesitan agilizar sus mecanismo fiscales y aduaneros creando estímulos para los artículos latinoamericanos y haciéndolos competitivos con los productos similares norte-americanos y europeos.

El impacto de esa expansión de la industria cultural latino-americana sería significativo para neutralizar la invasión tecnológico-educativa de fábricas cuyas sedes están en los países centrales y que reflejan indudablemente sus propios valores.

La cooperación latinoamericana en el campo de la comunicación y de la cultura, de la información y de la educación puede volcarse hacia la producción del conocimiento sobre esas realidades y ofrecer subsidios para su evaluación por los gobiernos nacionales.

Conocer más profundamente las propias potencialidades comunicaciones disponibles en lá región y las implicaciones que suscitan en el campo de la economía, de la política, de la cultura es la exigencia básica para orientar mejor su utilización y acoplamientos en las tareas socioeconómicas.

Esta urgencia se hace más evidente en el sector de las nuevas tecnologías, universo que vemos a diario, pero que escapa a nuestra comprensión sistemática. Y por tanto, agota o desestimula las iniciativas destinadas a la fijación de directrices que realicen el ordenamiento y el control indispensables de acuerdo a los intereses nacionales.

Si el SELA y otros organismos de coordinación regional, como es el caso de ULCRA, no adelantan acciones de esa naturaleza, los desafíos persistirán, las incertidumbres se agravarán y simultáneamente aumentarán las señales de impotencia política que atan a América Latina y el Caribe a un tipo de fatalismo inmovilizador y castrense.

Las tareas prioritarias en ese sector —campaña intensa de opinión pública, intercambio y difusión de productos culturales latinoamericanos, intensificación y articulación de la investigación sobre el funcionamiento y el impacto de las tecnologías de comunicación— no pueden retardarse. Es necesario aún aclarar muchos aspectos: no pueden retardarse. Es necesario aún aclarar muchos aspectos: no son medidas meramente circunstanciales. Son proyectos que requieren para su realización de continuidad, respaldo

financiero y participación de las comunicaciones científicas y profesionales.

¿A quién le corresponde realizarlas? Naturalmente a los Estados latinoamericanos cuya fuerza institucional tiene capacidad para movilizar las universidades y las empresas privadas, las instituciones sociales y los partidos políticos, en un esfuerzo combinado de cooperación y fortalecimiento de los lazos de solidaridad continental.

Las comunicaciones siguen jugando un papel decisivo en la conformación de la identidad nacional y en la conducción de las sociedades para protagonizar episodios históricos. Pueden movilizar sentimientos y emociones para impedir el progreso o pueden despertar motivaciones para acelerar el desarrollo de las naciones. La clave está en saber quién controla y orienta los mecanismos de decisión. Las lecciones del pasado no pueden ser olvidadas sin el riesgo de repeticiones dafinas a nuestros intereses políticos y culturales.

3. DEMOCRACIA E INTEGRACION: EL DESAFIO DE LOS AÑOS 90

Los procesos de transición a la democracia que se observan en varios países de América Latina, principalmente en el Cono-Sur, contienen indicadores concretos de que la retomada del desarrollo integral constituye el mayor desafío de años 90. Las experiencias históricas ya no permiten alimentar las ilusiones de un tipo de desarrollo dependiente de la ayuda externa. La deuda contraída con los bancos internacionales representa la consecuencia dramática de aquel modelo de desarrollismo.

Crece, por eso, la conciencia de que el enfrentamiento de la situación actual de casi estagnación económica conduce inevitablemente a la integración de los países latinoamericanos. Los parámetros edificados por la Comunidad Europea y las proyecciones de un mercado Norte-Americano inducen los gobiernos democráticos de América Latina a la formulación de estrategias integracionistas.

Ejemplo de eso es el proceso de articulación política y de cooperación económica desencadenado, a partir de 1986, por los presidentes de Brasil, Argentina y Uruguay. Se trata de una iniciativa destinada no apenas a la superación de las barreras comerciales que todavía persisten entre los tres países, pero significa también una toma de decisión para el fortalecimiento mutuo de las embrionarias experiencias democráticas que allí florecen.

La Acta firmada por Sarney y Alfonsín, vitalizando la Declaración de Iguazú (noviembre de 1985), tiene cuatro motivaciones:

a) Impulsar el crecimiento económico —"La creación de un espacio económico común abre perspectivas más amplias para el crecimiento conjunto y el bien-estar de sus pueblos, potencializando la capacidad autónoma de los dos países"; **b) Consolidar el proceso democrático** "concientes de la importancia de ese momento histórico del relacionamiento entre las dos nacionales, empeñadas en la consolidación de democracia como sistema de vida y de gobierno"; **c) Avanzar la modernización** "concientes de la necesidad de

convocar sus pueblos el esfuerzo de trillar una vía común de crecimiento y modernización que les facilite superar los obstáculos de hoy y enfrentar los desafíos del siglo XXI"; d) Contribuir para la integración regional "seguros de que este programa constituye un nuevo impulso para la integración de América Latina y para consolidación de la paz, de la democracia, de la seguridad y del desarrollo de la región".

Históricamente se trata de una retomada de las iniciativas anteriores de integración regional, cuyo primer instrumento fue el Tratado de Montevideo (1960). En aquel momento fue creada la ALAIC (Asociación Latinoamericana de Libre Comercio), inspirada por las tesis cepalinas que recomendaban la sustitución de importaciones como forma de mantener el crecimiento de la región y al mismo tiempo ampliar el parque industrial ya en funcionamiento en varios países.

A pesar de que los esfuerzos anteriores de integración latinoamericana han sido marcados por la frustración de resultados, existe hoy una creencia en las potencialidades coyunturales. En el caso particular de los acuerdos firmados entre Brasil y Argentina, parece evidente que se ultrapasó la esfera puramente comercial. Además de eso, tenemos una situación distinta de aquella de los años 80 —Brasil y Argentina se caracterizan por la disponibilidad de parque productivos instalados y con capacidad ociosa localizada. Como dice VERSIANI (1987): Brasil y Argentina (...) tienen, (...) un nivel apreciable de complementaridad, potencia, haciendo que un proceso bien manejado de integración sectorial tenga buenas perspectivas de éxito, especialmente se ocurre de forma gradual". Pero existe toda una preocupación para evitar la utilización de una retórica triunfalista, casi siempre creadora de expectativas de resultados inmediatos. Las estrategias persuasivas usadas en el pasado para fortalecer la idea de la integración latinoamericana fueron ineficaces, creando la sensación de que ese tipo de proyecto apenas a los discursos oficiales, siendo irrealizable sean en la práctica.

Así es que los actuales esfuerzos de integración de los países de América Latina no pueden equivocarse sobre las variables comunicacionales, tanto aquellas relativas a la infraestructura operacional (hoy bajo el impacto de las nuevas tecnologías), cuanto las otras de naturaleza socio-política. Estas comprenden los flujos de difusión masiva que modelan la opinión pública e influyen decisivamente en el comportamiento colectivo, factor imprescindible para accionar los cambios en la economía y en la cultura.

INTERCOM REVISTA BRASILEIRA DE COMUNICAÇÃO

Publicación de Sociedade Brasileira de Estudos Interdisciplinares de
Comunicação (INTERCOM)

Correspondencia: Caixa Postal 20793 CEP 01496 - São Paulo - Brasil.